



Durand Guevara, Natalí. *Cuando éramos dioses. Historia de la última guerra asháninka en el Palcazú*. Lima: Fondo Editorial de la UNMSM, 2024.

La región del Pichis-Palcazú, en la provincia de Oxapampa (departamento de Pasco), es un territorio selvático que ha sido ocupado tradicionalmente por población *arawak* de las etnias *asháninka* y *yánesha*. A lo largo del siglo xx, diversos procesos de migración fueron transformando el escenario social y cultural oxapampino, desde el asentamiento de colonos extranjeros y andinos, hasta los procesos de desplazamiento interfluvial por parte de familias *arawak* provenientes de Paucartambo y el Perené, presionadas por la colonización acelerada en estos valles desde la década de 1940.

El núcleo urbano más importante en esta región es Puerto Bermúdez, ubicado en la quebrada Yanizú, al margen izquierdo del Río Pichis. Bermúdez es habitado por indígenas y colonos mestizos. La ciudad es el eje comercial y sede de las oficinas de la administración pública, las agencias de cooperación y la organización política asháninka, articulando a las distintas poblaciones ribereñas que se asientan en diversos caseríos y comunidades indígenas.

Al igual que en el resto de la Amazonía peruana, el Pichis-Palcazú ha sido el escenario sobre la cual, a lo largo del siglo xx, se llevaron a la práctica diversos proyectos de modernización y programas de desarrollo promovidos desde el Estado, las elites intelectuales y las misiones cristianas. Y, en 1990, un episodio de violencia marcó la

historia reciente de la región. Un episodio en el que se enfrentaron, de un lado, una columna subversiva vinculada al Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA) y, del otro, una organización indígena, la Apatyawaka Nampitsi Asháninka Pichis (ANAP), antes conocida como Asociación de Comunidades Asháninka del Pichis, ambas surgidas a inicios de la década de los ochenta.

La reconstrucción de este episodio de violencia ha sido un tema pendiente tanto para la academia como para las instituciones vinculadas a las políticas de la memoria. La Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR) y los antropólogos especialistas en el tema del Conflicto Armado Interno y su impacto entre las poblaciones indígenas amazónicas centraron su interés en estudiar la presencia de Sendero Luminoso en los territorios del Perené, el Tambo y el Ene (CVR, 2003; Espinoza, 1995). Allí, los senderistas tuvieron una larga presencia, involucrando a numerosas familias asháninkas y, más adelante, las organizaciones políticas indígenas negociaron con las Fuerzas Armadas su participación la lucha contrainsurgente y la liberación de la población retenida por los subversivos.

El texto de Natalí Durand es un esfuerzo por ofrecer al público los testimonios y la memoria asháninka acerca de los hechos de violencia surgidos del accionar del MRTA en la selva central y contribuye al conocimiento sobre un episodio todavía poco esclarecido de la historia política reciente del país. Centra su interés en la reconstrucción de dos acontecimientos. Primero, el secuestro y “ajusticiamiento” del líder asháninka Alejandro Calderón por parte del MRTA, en diciembre de 1989; y, en segundo lugar, la respuesta militar de los líderes de la ANAP que movilizaron a sus bases y lograron que cientos de sus asociados se integraran en el llamado Ejército Asháninka, entre enero y abril de 1990.

El aporte más significativo lo ofrece el relato que se nutre de las entrevistas recogidas entre 2012 y el 2016 en varias comunidades asháninkas del distrito de Puerto Bermúdez (El Milagro, Cahuapanas, Redención-Nevati y Presby), así como en la ciudad de Puerto Bermúdez, donde residen algunos de los líderes que participaron de este hecho. Sin embargo, por momentos, el estilo narrativo del texto confunde al lector. En varios pasajes es difícil identificar en qué punto

los testimonios se distancian de las apreciaciones y la reconstrucción ofrecida por la autora en base a la bibliografía existente.

El libro se divide en tres capítulos extensos, que se completan con dos textos (una introducción exageradamente sucinta y un epílogo). El primer capítulo, “Cuando el orden se trastoca y el caos se aproxima” nos ofrece una mirada general a la sociedad asháninka, centrándose en los relatos de los héroes míticos y la historia de las relaciones entabladas entre los amazónicos y la sociedad nacional, tomando como referencia, además de los textos antropológicos, los relatos y la memoria de narradores asháninkas. Por necesidad, este capítulo traza algunos de los episodios que han sido fundamentales en el recorrido histórico de la selva central: el levantamiento de Juan Santos Atahualpa, el proceso del caucho, las misiones adventistas, la presencia de las guerrillas, así como la agresiva colonización andina en los territorios tradicionales indígenas.

En este capítulo se inserta la reconstrucción biográfica de una figura central en esta historia, el *pinkatzari* Alejandro Calderón, tomando como base el relato biográfico elaborado por una de sus hijas, Alina Calderón. A partir de esta biografía, la autora resalta la identidad mestiza de Calderón (hijo de madre asháninka y padre andino), sus vínculos con el adventismo, sus relaciones con el “mundo exterior”, su lectura del escenario político nacional y su afán por la defensa de la cultura y espiritualidad tradicional asháninka.

El segundo capítulo del texto, “La época del caos”, se refiere a la incursión del MRTA en la selva central. Después de ofrecer un breve resumen que permite identificar la presencia de este grupo subversivo en el país —y sus consabidos vínculos con el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), agrupación guerrillera de la década de 1960—, se entiende el lugar que ocupó el territorio asháninka dentro de la estrategia armada de esta organización y la decisión del MRTA de instalar el campamento de El Chaparral, en las inmediaciones del río Shanshuya (Pachitea), que le sirvió como centro de operaciones y entrenamiento militar.

El capítulo tres “El Ejército asháninka” reconstruye una historia que ha adquirido caracteres épicos en la selva central. Tras la

ejecución de Alejandro Calderón, los líderes asháninkas cercanos a la ANAP, incluido su hijo Alcides, asumieron una actitud abiertamente confrontacional contra el MRTA. Tras una asamblea, se decidió dar inicio a una acción armada para lograr la liberación de Alejandro Calderón y expulsar a los subversivos de la región. Así, “guerreros” asháninkas se movilizaron desde diversas comunidades del Pichis y el Gran Pajonal con dirección a Puerto Bermúdez. Decidida la acción militar, el Ejército Asháninka tomó el control de las rutas fluviales y terrestres, y ocupó violentamente las ciudades de Puerto Bermúdez y Ciudad Constitución, esta última ubicada en territorio tradicional yánesha.

Si bien el libro aporta información novedosa en relación a la memoria asháninka de la violencia y la lectura política indígena, su debilidad se aprecia en la parte histórica. El capítulo uno contiene una serie de errores que evidencian un limitado manejo de la producción bibliográfica producida en relación a la historia asháninka, errores que resaltan notablemente al momento de revisar la reconstrucción de la presencia del adventismo en la región, institución que jugó un rol fundamental en la orientación política de los líderes asháninkas —incluyendo a Alejandro Calderón— a lo largo del siglo xx.

Así, es erróneo afirmar que Alejandro Calderón fue “el primer campesino en crecer en la misión” (p. 45). La estrategia adventista, iniciada en el altiplano peruano-boliviano y replicada en la selva central desde la década de 1920, favoreció la formación de jóvenes líderes vinculados a la misión, intermediarios culturales que fueron especialmente activos y relevantes en la expansión del adventismo en diversos grupos étnicos de la Amazonía peruana. También es incorrecto señalar que las misiones franciscanas y adventistas volvieron a la selva central para “detener la trata de menores y el comercio de esclavos” (p. 37). Esta afirmación no tiene mayor sustento. Estas organizaciones tampoco se propusieron traducir la Biblia (p. 37), como sí lo hizo el Instituto Lingüístico de Verano, desde mediados del siglo xx.

Hay, de igual modo, algunos malentendidos geográficos. El libro ubica la estación misionera de Redención-Nevati en el Palcazú, cuando en realidad esta se asienta en los márgenes del río Neguachi, en alto Pichis. Y este no es un detalle menor. Desde mediados del

siglo xx, Nevati se convirtió en el centro misionero más importante en el territorio asháninka. Y, para inicios de la década de 1980, la antigua misión atravesó una división interna, cuando líderes enfrentados al pastor local decidieron la escisión del territorio comunal, dando forma a Nuevo Nevati, mientras que las familias que mantuvieron la fidelidad a la iglesia constituyeron Redención-Nevati sobre el espacio de la antigua misión. La división de Nevati fue producto del proceso político que partió del interés de los líderes asháninkas de lograr mayor autonomía frente a las imposiciones de los misioneros, cuya legitimidad se había debilitado en los últimos años a causa de las políticas reformistas del gobierno militar y la presencia de activistas indigenistas.

Asimismo, la apuesta por reconstruir la historia de vida de Alejandro Calderón a partir del relato de sus familiares y allegados plantea ciertos desafíos. En principio, evidencia la existencia de una narrativa que otorga a la figura de Calderón caracteres originales y heroicos, como modelo de sacrificio y del ser del líder indígena. En tal sentido, nos ofrece una lectura idealizada y sesgada, que termina proyectando una epopeya en la que, al margen del contexto y las particularidades del proceso histórico del Pichis, no solo reproduce la lectura oficial de la organización indígena, sino que también invisibiliza otras narrativas indígenas que pueden resultar incómodas.

Lo que sí es interesante en el relato ofrecido por la familia de Calderón y transcrito por la autora es la identificación de una lectura política que parte los líderes asháninka que empezaron a distanciarse de la misión y a plantear sus propios objetivos, que responden al interés por lograr una mayor autonomía territorial y económica, así como la progresiva presencia de otros actores estatales y no gubernamentales (ingenieros, promotores de salud, activistas indigenistas, funcionarios del SINAMOS, militantes de partidos políticos) que compitieron con los misioneros y disputaron con ellos el favor de los líderes y las organizaciones indígenas.

El texto termina tomando por valederas afirmaciones que surgen de la memoria oficial de la ANAP, invisibilizando otras voces y memorias, tanto asháninkas como mestizas, que se confrontan al relato idealizado de Alejandro Calderón y las acciones legítimas del

Ejército Asháninka. Queda pendiente confrontar la información recogida en los testimonios con las otras memorias subalternizadas por aquellos que detentan el poder local y que recuerdan, desde otras experiencias y lecturas, la historia de la organización indígena y la violencia asociada al accionar del Ejército Asháninka. Así, se puede evidenciar las tensiones y las contradicciones presentes al interior del liderazgo indígena en la selva central. Solo en un caso la autora identifica la presencia de un líder díscolo con el protagonismo de Alejandro Calderón (alias “Isaías”) a quien, además, se presenta como el delator de Calderón ante los comandos emerretistas, hecho que habría decidido su fatal destino.

En realidad, en diversos momentos se han evidenciado tensiones al interior de la organización indígena del Pichis, desde la incidencia de los promotores indígenas vinculados al SINAMOS a inicios de los setentas, el surgimiento del Congreso Campa (c. 1978-1981), hasta el posicionamiento de la ANAP, en 1981. Estas tensiones, que surgieron de pugnas personales y familiares, conflictos con la iglesia adventista, disputas interétnicas o las lecturas disímiles que se hizo de la Ley de Comunidades Nativas (1974), generaron el desarraigo de algunos líderes de la organización, su retiro al espacio de seguridad que ofrecían sus propias comunidades o el retorno a la espiritualidad tradicional.

Aquí, es necesario hacer algunas aclaraciones. Desde la década de 1960, una serie de actores externos promovieron la constitución de organizaciones políticas entre los asháninkas y yáneshas. Estas organizaciones evidenciaron el protagonismo de una serie de actores, jóvenes líderes que, más allá de los viejos atributos del liderazgo espiritual o guerrero, supieron identificar las nuevas cualidades del “liderazgo moderno” asociadas a la capacidad de negociar con actores externos y los organismos estatales.

Para el caso de los asháninkas, este deseo se materializó en la creación de la ANAP, la Central de Comunidades Nativas de la Selva Central (CECONSEC) y la poderosa Asociación Interétnica de la Selva Peruana (AIDSESEP), donde los asháninkas del Pichis y el Perené han tenido una posición relevante desde sus inicios. Si bien Alejandro Calderón había logrado el mayor reconocimiento y

prestigio como líder étnico en el Pichis, no era el único que aspiraba a este puesto.

¿Es posible interpretar la memoria del “ajustificamiento” de Calderón y el accionar del Ejército Asháninka bajo una lectura de confrontación interétnica o disputas internas dentro de la organización indígena? Existen algunos indicios que nos llevan a responder afirmativamente. En otros trabajos se han recogido testimonios en los que se refieren a estos acontecimientos resaltando los actos represivos de las columnas del Ejército Asháninka y se anota el miedo que en estas circunstancias se despertó en algunos líderes y comunidades opuestos al liderazgo de Alejandro Calderón (y luego de su hijo, Alcides) en la ANAP. Este es un aspecto que la presente investigación no esclarece.

Así, la apuesta por una narrativa que se nutre mayormente de la memoria de los actores cercanos a las redes de Alejandro Calderón nos enfrenta a una encrucijada. Se evidencia la manera en la que algunas memorias subalternas se terminan oficializando. Y se convierte en un poderoso elemento discursivo que legitima, tanto las acciones represivas del Ejército Asháninka sobre la población civil —incluyendo la sospecha y acusaciones de simpatía por el MRTA sobre aquellos líderes indígenas confrontados al poder encarnado por Alejandro Calderón dentro de la ANAP u otros abiertamente “fieles” a la iglesia adventista—; como a los actores que asumieron el predominio de la vida política local, especialmente notable en el control ininterrumpido que los líderes cercanos a la ANAP tuvieron del gobierno municipal de Puerto Bermúdez en las décadas siguientes.

Al ofrecer una lectura lineal basada en una memoria oficial asháninka, el texto es poco crítico frente a una historia que ha terminado posicionándose respecto al accionar del Ejército Asháninka. Así, al margen de las 50 entrevistas que la autora recopiló “a pobladores asháninkas de diversas edades y géneros” (p. 11), el libro reproduce una memoria manipulada que invisibiliza otras experiencias donde esta narrativa oficializada puede ser confrontada. Desde los actores que, en su momento, disputaron el liderazgo de Calderón dentro de la misión/comunidad de Nevati y la organización regional indígena, hasta aquellas familias, indígenas y mestizas, que sufrieron la violencia correctiva del Ejército Asháninka. Estas otras lecturas, menos

edificantes y poco atractivas para ciertas sensibilidades amazonistas, siguen a la espera de su recuperación.

Para el tema que nos concierne, el trabajo de Durand ofrece información novedosa que nos permite identificar las estrategias políticas de los líderes asháninkas, los temores y las posibles lecturas que surgieron de la irrupción de los comandos subversivos en la región. Y, lo más importante, se identifica la emergencia de una lectura oficial de estos hechos que se produce y transmite desde la ANAP y los actores que la respaldan. Este hecho refleja la manera en que esta institución se legitima a través de la memoria de determinados actores, a fin de favorecer su capacidad de negociación frente al Estado y el resto de la sociedad nacional.

Juan Carlos La Serna  
Universidad Nacional Mayor de San Marcos  
juan.laserna@unmsm.edu.pe  
<https://orcid.org/0000-0002-0350-3709>

### **Referencias bibliográficas**

- Comisión de la Verdad y Reconciliación. (2003). *La Comisión de la Verdad y Reconciliación*. <https://www.cverdad.org.pe/ifinal/>
- Espinosa, O. (1995). *Rondas campesinas y nativas en la Amazonía peruana*. Lima: Centro Amazónico de Antropología y Aplicación Práctica.